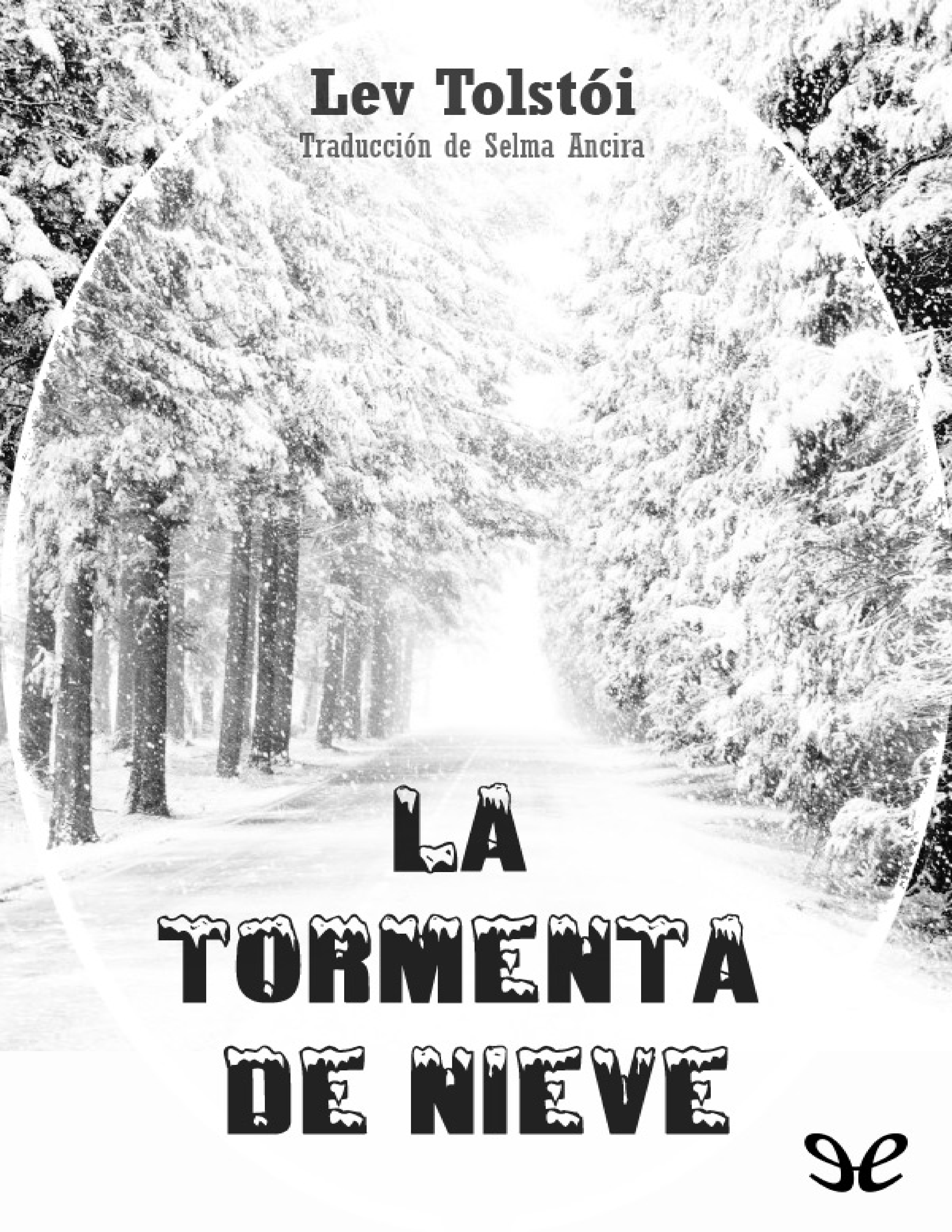

Lev Tolstói
Traducción de Selma Ancira
LA TORMENTA DE NIEVE

En un momento de notable crisis espiritual, Tolstói, basándose en la experiencia real de un viaje que emprendiera dos años antes, escribe *La tormenta de nieve* (1856). Con una muy fuerte carga metafísica, nos describe, al amparo de las condiciones externas, un sueño y la presencia de la muerte, el punto de inflexión entre el conformismo y el coraje. Memorable y entrañablemente poética, esta narración a medio camino entre la alegoría y el diario nos habla de la toma de conciencia de uno mismo y de sus retos.



Lev Nikoláievich Tolstói

La tormenta de nieve

ePub r2.1
Titivillus 09.01.2019

Título original: *Metel*
Lev Nikoláievich Tolstói, 1856
Traducción: Selma Ancira
Diseño de portada: Catharsius
Primer editor: Catharsius

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0





I

PASADAS LAS SEIS de la tarde, tras haber bebido té hasta la saciedad, salí de una estación que no recuerdo ahora cómo se llamaba, pero sí recuerdo que no estaba lejos de Novocherkask, en tierras de los cosacos del Don. Ya había oscurecido cuando, cubriéndome bien con un grueso abrigo de piel y una manta, me senté en el trineo al lado de Alioshka. Parecía que más allá de la estación de postas el tiempo fuese templado y tranquilo. Aunque no caía nieve, no se veía ni una sola estrella y el cielo daba la impresión de estar extraordinariamente bajo y negro, si se comparaba con la inmaculada llanura nevada que se extendía frente a nosotros.

Apenas habíamos dejado atrás las oscuras siluetas de los molinos —uno de ellos movía torpemente sus enormes aspas— y la stanitsa[1], cuando me di cuenta de que el camino se volvía más difícil, había más nieve acumulada, el viento me golpeaba con mayor fuerza por el lado izquierdo, hacía ondear las colas y las crines de los caballos de ese lado y, tozudo, hacía revolotear la nieve que levantaban los patines del trineo y las pezuñas de los caballos. La campanita se oía cada vez menos, un hilo de aire helado se coló por una minúscula abertura en una de las mangas de mi abrigo, recorriéndome la espalda, y en ese momento recordé que el maestro de postas me había aconsejado no viajar, porque corría el riesgo de errar la noche entera y acabar congelado por el camino.

—No iremos a extraviarnos, ¿verdad? —le pregunté al cochero. Pero, al ver que no me respondía, formulé la pregunta con más claridad—: ¿Qué, llegaremos a la estación, cochero? ¿No nos perderemos?

—Dios dirá —me respondió, sin volver la cabeza—, mira qué está haciendo el viento con la nieve: ya no se vislumbra ni el camino. ¡Dios Todopoderoso!

—Sería mejor que me dijeras si crees que podrás depositarme sano y salvo en la siguiente estación de postas o no —continué preguntando—. ¿Llegaremos?

—Deberíamos llegar —dijo el cochero, y siguió balbuciendo alguna cosa que yo ya no logré oír a causa del viento.

No tenía ningunas ganas de volver, pero la perspectiva de pasar la noche entera errando en el frío y la ventisca en medio de una estepa absolutamente desnuda, como es esa parte de las tierras de los cosacos de Don, me parecía muy poco atractiva. Además, pese a que en la oscuridad no podía verlo demasiado bien, mi cochero, no sé por qué, ni me despertaba simpatía ni me inspiraba confianza. Se había sentado justo en el centro del pescante y con las piernas recogidas, en vez de dejarlas colgando en el extremo; tenía una estatura excesiva, una voz perezosa, una gorra que no parecía de cochero: era demasiado grande y le resbalaba ya de un lado, ya del otro; y además azuzaba a los caballos no como hay que azuzarlos, sino sosteniendo las riendas con ambas manos, como lo hubiera hecho un lacayo de haberse sentado en el pescante en lugar del cochero, y, lo principal, algo me impedía tenerle confianza porque llevaba las orejas cubiertas por un pañuelo. En una palabra, aquella espalda seria y encorvada que tenía yo permanentemente enfrente ni me gustaba ni me prometía nada bueno.

—Yo creo que lo mejor sería volver —me dijo Alioshka—, ¡con este tiempo no tiene gracia andar dando vueltas!

—¡Dios Todopoderoso! ¡Qué vendaval! Ya no veo ni el camino, no puedo ya ni abrir los ojos… ¡Dios Todopoderoso! —gruñó el cochero.

No habíamos viajado ni un cuarto de hora, cuando mi cochero, frenando a los caballos, le entregó las riendas a Alioshka. Torpemente libró las piernas del asiento y, haciendo crujir la nieve bajo sus grandes botas, fue a buscar el camino.

—¿Qué pasa? ¿Adónde vas? ¿Nos hemos extraviado? —pregunté, pero el cochero no me respondió y, volviendo la cara para protegerse del viento que le azotaba los ojos, se alejó del trineo.

—¿Y bien? ¿Lo has encontrado? —pregunté de nuevo cuando regresó.

—Nada de nada —me dijo de pronto con enojo e impaciencia, como si yo fuera el culpable de que él se hubiese desviado del camino y, nuevamente sin apresurarse, metió sus largas piernas en la parte delantera del trineo y se puso a desenredar las riendas con sus gruesas manoplas escarchadas.

—¿Y qué vamos a hacer? —pregunté cuando de nuevo nos pusimos en marcha.

—¿Y qué podemos hacer? Seguir adonde Dios nos lleve.

Y continuamos con ese mismo trote lento, ya evidentemente campo a través, a veces sobre una nieve profunda y porosa y a veces sobre un hielo puro y quebradizo.

Pese a que hacía frío, la nieve que se acumulaba en el cuello del abrigo se derretía con una rapidez asombrosa; el ventarrón no hacía sino intensificarse, y de arriba comenzaba a caer una nievecilla seca y poco tupida.

Estaba claro que nos dirigíamos sabe Dios adónde, porque un cuarto de hora después aún no habíamos visto un solo poste que indicara las verstas.

—¿Tú qué crees? —le pregunté de nuevo al cochero—. ¿Llegaremos a la estación?

—¿A cuál? Si es a la que dejamos atrás, doy rienda suelta a los caballos y puede que ellos hallen el camino; si es a la que sigue, lo dudo…, la cosa acabará mal.

—Pues, ¡atrás! —dije—. No hay que darle más vueltas…

—O sea, ¿atrás? —preguntó el cochero.

—Sí, sí, ¡atrás!

El cochero soltó las riendas. Los caballos trotaron más ligero y, aunque yo no me di cuenta de que hubiésemos girado, el viento cambió y pronto, a través de la nieve, se adivinaron los molinos. El cochero se animó y se puso a conversar.

—Una vez me pilló una tremenda ventolera volviendo de esa misma estación —dijo—, y tuve que pasar la noche en unos montones de paja y al final logramos llegar cuando ya había amanecido. Y gracias que nos guarecimos en la paja, si no nos habríamos helado todos, hacía un frío… Con todo, a uno se le congelaron los pies y estuvo tres semanas que se moría.

—Pero ahora no hace frío y parece que la nieve se ha calmado —dije—. ¿Se podría hacer el viaje?

—No hace frío, no, no demasiado, pero hace mucho viento. Ahora estamos yendo de regreso y la cosa parece menos ruda, pero está soplando recio. Yo podría hacer el viaje si llevara correo o así, por mi propia voluntad; pero poca broma si se me congela un pasajero. ¿Cómo voy a responder por su merced?

II

EN ESE MOMENTO, a nuestras espaldas, se oyeron las campanillas de varias troikas que rápidamente nos alcanzaron.

—Es la campana de la del correo —dijo mi cochero—, sólo hay una así en toda la estación.

Y, era cierto, el sonido de la campanilla de la troika delantera, que nos llegaba con toda claridad a través del viento, era extraordinariamente bello: puro, sonoro, grave y un poco trémulo. Según me enteré después, era costumbre entre los cazadores llevar tres campanillas: una grande en el centro, con un sonido melodioso, por decirlo así, y dos pequeñitas, que sonaban en terceras. El sonido de esa tercera y de la quinta tintineante, que resonaba en el aire, era realmente asombroso y bello en esa estepa desierta y perdida.

—El correo va volando —dijo mi cochero, cuando la primera de las tres troikas se emparejó con nosotros—. ¿Cómo está el camino? ¿Se puede pasar? —le gritó al último de los cocheros; pero aquél siguió dando voces a sus caballos y no le respondió.

El sonido de las campanillas se perdió en el viento en cuanto el correo nos dejó atrás.

Mi cochero debió de sentirse avergonzado.

—¡Vamos, pues, señorito! —me dijo—, esas gentes acaban de pasar, sus huellas están todavía frescas.

Accedí, volvimos a girar y de nuevo quedamos de cara al viento, y emprendimos la marcha sobre la nieve profunda. Yo miraba a un lado para no perder las huellas que habían dejado los trineos. A lo largo de dos verstas, se distinguieron sin mayor problema; después sólo se podía ver un sutil desnivel bajo los patines del trineo, y al cabo de muy poco ya era imposible saber si lo que veíamos era el rastro o una capa de nieve acumulada por el viento. Tenía los ojos embotados de tanto seguir el monótono correr de la nieve bajo los patines, y me puse a mirar hacia delante. Todavía vimos el poste que indicaba la tercera versta, pero ya no pudimos encontrar el cuarto: como antes, íbamos en contra del viento, pero también a favor del viento, íbamos a la derecha, pero también a la izquierda, y finalmente llegamos a un punto en que el cochero aseguraba que nos habíamos desviado a la derecha, yo opinaba que a la izquierda y Alioshka afirmaba que estábamos volviendo sobre nuestros propios pasos. Nos detuvimos en varias ocasiones, el cochero hacía salir sus largas piernas del trineo y se daba a la tarea de buscar el camino; siempre en vano. También yo me apeé del trineo una vez, ¿sería el camino lo que creía haber visto? Pero no me había alejado, haciendo un gran esfuerzo, ni seis pasos en contra del viento, cuando me convencí de que por todos lados había las mismas blancas capas de nieve, todas iguales, y que el camino no lo había visto más que en mi imaginación, cuando ¡dejé de ver el trineo! Grité: «¡Cochero! ¡Alioshka!» pero sentí que el viento me arrebataba la voz de la boca y en menos de un instante se la llevaba muy lejos de mí. Me dirigí al lugar donde había estado el trineo, pero no había ningún trineo; caminé luego hacia la derecha. Tampoco. Me avergüenza recordar con qué voz tan fuerte y tan penetrante, incluso un poco desesperada, volví a gritar «¡Cochero!» cuando éste estaba a sólo dos pasos. Su negra figura con el látigo y la gorra totalmente ladeada de pronto se irguió frente a mí. Me condujo hasta el trineo.

—Menos mal que no hace frío —dijo—, si nos pesca la helada, ¡qué desgracia!… ¡Dios Todopoderoso!

—Suelta las riendas, que los caballos nos lleven de regreso —dije en cuanto me senté en el trineo—. Hallarán el camino, ¿verdad, cochero?

—Tendrían que arreglárselas.

Soltó las riendas, dio tres latigazos en la grupa al caballo central y de nuevo nos pusimos en marcha, sin saber muy bien adónde íbamos. Así anduvimos una media hora. De pronto, frente a nosotros, volvió a oírse la campanilla de los cazadores que ya me era conocida y dos más; pero en esta ocasión venían a nuestro encuentro. Eran las mismas tres troikas, que ya habían depositado el correo y que, con caballos de relevo atados atrás, regresaban a la estación. La troika de correos, la de los caballos más grandes con la campanilla de cazadores, avanzaba a toda velocidad. En el pescante iba un cochero que de repente gritaba animado. Atrás, en el centro de los trineos vacíos, iban dos cocheros y su alegre y viva cháchara llegaba hasta nosotros. Uno de ellos fumaba una pipa y una chispa, que se encendió con el viento, iluminó parte de su rostro.

Al mirarlos, sentí vergüenza de haber tenido miedo de viajar y es probable que mi cochero sintiera lo mismo porque ambos dijimos al unísono: «Sigámoslos».

III

No había terminado de pasar la tercera troika cuando mi cochero comenzó a girar torpemente y, con las varas, chocó contra los caballos que iban atados. Los tres caballos de una de las troikas dieron un salto, arrancando las riendas, y partieron a galope.

—¡Eh, diablo bizco! ¿Es que no ve lo que hace? ¡Se echa encima de la gente! ¡Mierda! —se puso a insultar con una voz ronca y temblorosa un cochero de baja estatura. Un viejo, según pude concluir por la voz y la complexión, que iba sentado en la última troika, se apeó presuroso del trineo y corrió en pos de los caballos, sin dejar de injuriar cruel y vulgarmente a mi cochero.

Pero los caballos no se entregaban. El cochero corrió tras ellos y, en menos de un minuto, tanto los caballos como el cochero desaparecieron entre la blanca niebla de la ventisca.

—¡Va-si-li-i-i! ¡Trae al bayo! ¡Así no voy a pescarlos! —volvió a oírse su voz.

Uno de los cocheros, un hombre extremadamente alto, se bajó del trineo, desenganchó su troika en silencio, se apoyó en la retranca, montó uno de los caballos y, con un crujido de la nieve, desapareció galopando desordenadamente en esa misma dirección.

Nosotros, junto con las otras dos troikas, seguíamos a la de correos que, haciendo repiquetear su campanilla, corría a trote ligero hacia delante, y así, campo a través, seguimos avanzando.

—¡Cómo no! ¡Ahora mismo los atrapa! —dijo mi cochero refiriéndose al que había ido a capturar a los caballos—. Si no acudieron al oír a los otros caballos, es que ha de haber alguno desbocado que se los llevará sabe Dios adónde… Ojalá no se pierdan.

Desde el momento en que mi cochero iba siguiendo a los otros, parecía más animado y más conversador, y como yo aún no tenía sueño, naturalmente aproveché la oportunidad. Me puse a preguntarle el qué y el cómo, y pronto me enteré de que era paisano mío, de la provincia de Tula, un siervo, de la aldea Kirpíchnoe, donde habían quedado muy pocas tierras, y que esas pocas tierras, desde el cólera, ya no producían trigo; que ahora sólo quedaban dos hermanos en la familia, porque el tercero se había alistado en el ejército; que el trigo que tenían no les llegaría hasta Navidad y que vivían de algún que otro trabajo ocasional; que el hermano menor estaba al frente de la casa porque estaba casado, y que él era viudo; que de su aldea cada año salían para acá varios grupos de cocheros, y que aunque él no había venido a trabajar de cochero sino en el correo para que su hermano tuviera un apoyo, pues que vivía aquí, a Dios gracias, con un salario de ciento veinte rublos al año, de los cuales enviaba cien a la familia, y que podría vivir bien, pero los «correos aquí son muy salvajes, y a la gente le gusta mucho injuriar».

—A ver, dígame, ¿por qué me insultó ese cochero? ¡Dios todopoderoso! ¿Acaso le arranqué los caballos a propósito? ¿Acaso soy malo con alguien? ¡Y para qué salió a perseguirlos! Habrían vuelto solos; lo único que va a conseguir es agotarlos, pobres caballos, y él acabará mal —repetía aquel hombrecillo temeroso de Dios.

—¿Qué es eso que negrea allá a lo lejos? —pregunté al advertir algunos puntos negros delante de nosotros.

—Un convoy. ¡Así da gusto viajar! —continuó cuando nos emparejamos con aquellos enormes carros que, uno detrás del otro y cubiertos con arpilleras, se desplazaban sobre ruedas—. Mire, no se ve ni un alma, todos están durmiendo. El caballo más inteligente sabe: ni por

asomo logra no desviarlo del camino. También me ha tocado viajar así, en fila —añadió—, sé lo que se siente.

En realidad resultaba extraño ver aquellos enormes carros tapizados de nieve desde las arpilleras hasta las ruedas, moviéndose por sí solos. Sólo en el carro de delante, que tenía dos dedos de nieve encima, se levantó mínimamente la arpillera cuando nuestras campanillas tintinearon junto al convoy, y una gorra asomó por espacio de un instante. Un caballo pío, grande, con el cuello estirado y el lomo en tensión, pisaba de manera acompasada el camino emblanquecido, mientras balanceaba con monotonía su peluda cabeza debajo del arco, también blanco, y en el momento en que nos emparejamos a él, enderezó una de sus orejas cubierta de nieve.

Tras media hora más de viaje en silencio, el cochero se dirigió de nuevo a mí.

—Usted qué cree, señorito, ¿vamos bien?

—No sé —le respondí.

—Antes se sentía mucho el viento, pero ya no lo llevamos en contra. No, yo creo que no vamos en la buena dirección, andamos perdidos —concluyó con una tranquilidad pasmosa.

Se veía que, pese a ser cobarde —en compañía hasta la muerte es dulce, dice el refrán—, se había tranquilizado a partir del momento en que ya éramos muchos y él no estaba obligado a ser ni el guía ni el responsable. Con extraordinaria sangre fría hacía observaciones sobre los errores del cochero que iba delante, como si aquello no tuviera nada que ver con él. Lo cierto es que advertí que en ocasiones la troika que iba a la cabeza se ponía de perfil a mi izquierda, y otras, a mi derecha; incluso llegó a parecerme que estábamos dando vueltas en un espacio bastante reducido. Por lo demás, podía tratarse de un mero espejismo, igual que a veces tenía yo la impresión de que la troika que iba delante escalaba una montaña o se deslizaba pendiente abajo, cuando la estepa era llana por doquier.

Tras un rato más de viaje vi, a lo lejos según me pareció entonces, en el horizonte, una larga franja negra que se movía; pero al cabo de un minuto quedó claro que se trataba del mismo convoy que habíamos dejado atrás. Igual que antes, la nieve cubría las ruedas que chirriaban algunas de las cuales ya ni siquiera se movían; igual que antes, la gente dormía sobre las

arpilleras; y también, igual que antes, el caballo pío, hinchando las ventanas de la nariz, olfateaba el camino y ponía las orejas en guardia.

—Mira por dónde, ¡vueltas y más vueltas! ¡Otra vez hemos caído sobre el mismo convoy! —dijo mi cochero en tono descontento—. Los caballos de correo son buenos: en vano los fustiga; en cambio los nuestros acabarán por plantarse si seguimos así toda la noche.

Se aclaró la garganta.

—Regresemos, señorito, mejor no tentar al destino.

—¿¡Para qué!? Ya llegaremos a algún sitio.

—¿A qué sitio? Pasaremos la noche en la estepa. Mire qué ventarrón… ¡Dios Todopoderoso!

Aunque me sorprendía que el cochero de la primera troika que, era evidente, había perdido el camino y el rumbo, ya no buscara el sendero y continuara con un trote ligero acompañándose con alegres voces, yo ya no quería quedarme a la zaga.

—Síguelos —dije.

El cochero obedeció, pero arreó a los caballos con menos ímpetu que antes y no volvió a conversar conmigo.

IV

La tempestad era cada vez más fuerte y la nieve caía seca y menuda; tuve la sensación de que comenzaba a helar: acusaba mucho más el frío en la nariz y en las mejillas, con mayor frecuencia sentía correr por debajo de mi grueso abrigo de piel una corriente de aire helado y tenía la necesidad de arroparme. De cuando en cuando, el trineo chocaba ligeramente contra una dura capa de hielo de la que el viento había barrido la nieve. Llevaba recorridas más de quinientas verstas sin haber hecho noche en ningún sitio, de modo que aunque me interesaba vivamente la manera en que saldríamos de aquel atolladero, los ojos se me cerraban y cabeceaba. En una ocasión, al abrir los ojos, me sorprendió lo que en un primer momento me pareció una luz brillante que iluminaba la blanca llanura: el horizonte se ensanchó notablemente, el cielo negro y bajo de pronto desapareció, alrededor sólo se veían las blancas rayas oblicuas de la nieve que caía; las siluetas de las troikas que iban delante se distinguían con mayor claridad, y cuando levanté la vista al cielo, tuve la impresión de que las nubes se habían disipado y que sólo la nieve que caía ocultaba la bóveda celeste. Mientras estuve dormitando, había salido la luna y proyectaba su luz fría y brillante a través de las nubes poco tupidas y de la nieve que caía. Lo que veía con claridad era mi trineo, los caballos, al cochero y las tres troikas que iban delante de nosotros: la primera, la de correos, en cuyo

pescante seguía sentado un cochero que azuzaba a los caballos para que fueran a trote ligero; la segunda, en la que, tras haber soltado las riendas y haber hecho de sus zamarras un *abrigadero*, viajaban dos personas fumando constantemente una pipa, lo que podía deducirse por las frecuentes chispas que saltaban desde allí; y la tercera, en la que no se veía a nadie y donde, probablemente, el cochero se había acomodado en el centro y dormía. El que iba a la cabeza, sin embargo —y así lo vi al despertar—, de vez en cuando detenía a los caballos y bajaba a buscar el camino. En esos momentos, mientras no estábamos en movimiento, se oía con mucha mayor fuerza el rugido del viento y se veía la asombrosa cantidad de nieve que revoloteaba por el aire. Yo alcanzaba a distinguir, a la luz de la luna velada por la tormenta, la figura poco alta del cochero que, con el látigo en la mano, tanteaba la nieve que tenía enfrente. Iba de un lado a otro en la luminosa neblina, luego volvía de nuevo al trineo, de un salto se introducía en el pescante, y de nuevo se oía, en medio del monótono silbido del viento, su hábil y sonoro grito y el tintineo de las campanillas. Cuando el cochero que iba al frente saltaba del trineo intentando localizar indicios del camino o algún almiar, siempre se dejaba oír, desde el segundo trineo, la voz animada y segura de uno de los cocheros, que le gritaba:

—¡Ignashka, oye! Nos hemos desviado mucho a la izquierda: hay que tirar más a la derecha, hay que seguir al viento. O: —Pero ¿qué estás haciendo? Hay que ir con la nieve, guíate por la nieve, eso te sacará. O: —¡A la derecha, ve más a la derecha, hermano! Mira para allá, parece que algo negrea, con suerte es un poste. O: —¿Por qué te equivocas? Pero ¿por qué? Desengancha al pío y déjalo que corra, él te sacará al camino. ¡Es lo mejor!

Quien daba los consejos no sólo no desenganchaba el de refuerzo ni caminaba por la nieve buscando el camino, ni siquiera sacaba la nariz de su zamarra, y cuando Ignashka-el-de-delante a uno de sus consejos respondió con voz áspera que se pusiera él en la delantera si tan bien sabía adónde había que ir, el consejero respondió que de haber sido él quien llevara los caballos de correos, sin duda se habría puesto delante y habría dado con el camino.

—Pero nuestros caballos no querrán ir contra el viento —gritó de regreso—, ¡no son ese tipo de caballos!

—¡Pues entonces no alborotes! —respondió Ignashka, silbando jovial a los caballos.

El otro cochero, el que iba sentado en el mismo trineo que el consejero, no le decía nada a Ignashka y, en general, no se inmiscuía en el asunto, pese a que aún no dormía, de lo que me percaté por su pipa perennemente encendida y, también, porque cuando nos deteníamos, yo podía oír el sonido acompasado e incesante de su voz. Estaba contando un cuento. Sólo en una ocasión, cuando Ignashka se detuvo por sexta o séptima vez, sintiéndose seguramente contrariado porque se interrumpiera con tanta frecuencia el placer del viaje, también le gritó:

—¿Qué ha pasado otra vez? ¡Mira por dónde, ahora quiere encontrar el camino! ¡Advirtieron de la tormenta! En este momento ni un agrimensor sería capaz de dar con él. Mientras los caballos anden, hay que seguir. Con un poco de suerte no acabaremos congelados… ¡Vamos!

—¡No acabaremos…! ¡Yo creo que el año pasado un cartero murió congelado! —intervino mi cochero.

El cochero de la tercera troika no despertó en ningún momento. Y en una ocasión, durante una de las pausas, el consejero le gritó:

—¡Filip! ¡Eh, Filip!, —y al no recibir respuesta, comentó—: ¿No se habrá congelado? A ver, Ignashka, averigua qué pasa.

Ignashka, que siempre encontraba tiempo para todo, se acercó al trineo y comenzó a zarandear al dormido.

—¡Se debe de haber pimplado una botella! ¡Oye, si te has congelado, dilo de una vez! —decía al sacudirlo.

El durmiente soltó un bramido se puso a repartir insultos.

—¡Está vivo, hermanos! —dijo Ignashka, y echó a correr hacia delante; y de nuevo estábamos en movimiento, y tan rápido, que el pequeño caballo bayo que iba de refuerzo en mi troika, constantemente fustigado en la cola, dio más de un saltito con un galope desmañado.

V

YA ERA, CREO, CERCA de la medianoche cuando el viejecillo y Vasili, tras haber dado alcance a los caballos que habían escapado, volvieron. Habían recuperado los caballos y luego nos habían encontrado y alcanzado a nosotros; pero cómo lo lograron en medio de aquella oscura y cerrada tormenta, en plena estepa desnuda, es algo que siempre será un misterio para mí. El viejecillo, agitando los codos y las piernas, cabalgaba al trote sobre el caballo central —los otros dos estaban atados a la collera: cuando hay tormenta, no se puede dejar sueltos a los caballos—. Emparejándose con nosotros, de nuevo se puso a insultar a mi cochero:

—¡Vaya con el diablo bizco éste! De veras que…

—¡Eh, tío Mítrich! —gritó el contador de cuentos desde el segundo trineo—, ¿estás vivo? ¡Vente para acá!

Pero el anciano no le respondió y siguió blasfemando. Cuando consideró que ya había sido suficiente, se acercó al segundo trineo.

—¿Los has pescado a todos? —le preguntaron.

—¡No iba yo a pescarlos!

Y su menuda figura, en pleno trote, se echó de bruces sobre el lomo del caballo, luego saltó a la nieve, corrió sin detenerse en pos del trineo y se lanzó dentro dejando las piernas colgadas fuera del borde. El alto Vasili,

igual que antes, sin decir una palabra se sentó en el primer trineo al lado de Ignashka y, junto con él, se puso a buscar el camino.

—Menudo diablo insultón… ¡Dios Todopoderoso! —farfulló mi cochero.

Largo tiempo después de esto seguimos andando, sin detenernos, por aquel blanco desierto, en medio de la fría, transparente y vacilante luz de la tormenta. Cada vez que abría los ojos veía frente a mí la misma gorra desmañada y la misma espalda cubiertas de nieve, el mismo arco bajo, por debajo del cual, entre las pequeñas riendas tensas de la brida, se balanceaba, siempre a la misma distancia, la cabeza del caballo central con su negra crin, que ondeaba concertadamente hacia donde el viento soplaba; también veía, más allá de la espalda y a la derecha, el mismo caballo bayo de refuerzo, con su cola anudada muy corta y su cilindro para fijar las riendas, que de vez en cuando se golpeaba ligeramente contra la parte delantera del trineo. Si miras hacia abajo, la misma nieve retozona que los patines del trineo levantan al pasar y que el viento alza tozudo, llevándosela a un mismo lado. Delante, siempre a la misma distancia, se alejan a toda velocidad las troikas que nos preceden; a derecha e izquierda todo es blancura, espejismos. En vano busca el ojo un objeto nuevo: no se ve nada, ni un poste, ni un almiar, ni una valla. Todo es blanco alrededor, blanco y movedizo: a veces el horizonte parece hallarse inconmensurablemente lejos; pero otras, da la impresión de haberse comprimido y estar ciñéndonos a dos pasos de distancia; a veces, a nuestra derecha, se yergue un alto muro blanco que corre en paralelo al trineo, pero otras desaparece repentinamente para alzarse más adelante, huir a toda velocidad y volver a desaparecer. Si miras hacia arriba, la primera impresión es de claridad, te parece que a través de la niebla puedes ver las estrellas; pero las estrellitas escapan a tu vista y se elevan cada vez más y más, y sólo ves la nieve que se derrama sobre tu rostro y sobre el cuello del abrigo; el cielo es en todos lados igualmente claro, igualmente blanco, incoloro, uniforme; en perpetuo movimiento. Parece que el viento cambiara de dirección: a veces sopla de frente y la nieve se te pega a los ojos; a veces de lado y entonces levanta con desdén el cuello de tu abrigo que, burlón, te golpetea en la cara; a veces zumba por detrás a través de alguna ranura. Se oye el continuo crujir de las

pezuñas y de los patines al chocar contra la nieve endurecida y el repentino silencio de las campanillas cuando nos deslizamos sobre una nieve porosa y profunda. Sólo una que otra vez, cuando vamos con el viento en contra y sobre una larga superficie congelada, llegan con claridad hasta el oído los enérgicos silbidos de Ignat y el desacompasado sonido de la campanilla de su trineo con el eco de aquella quinta trémula, y estos sonidos de pronto rompen placenteramente el melancólico carácter del desierto para dejarse oír de nuevo monótonos, con una fidelidad insoportable, tocando siempre aquel mismo motivo que, involuntariamente, yo imagino. Una de mis piernas comenzó a acusar el frío y, cuando me volví para arroparme mejor, la nieve, que se había acumulado sobre el cuello de mi abrigo y mi gorra, se deslizó por mi nuca y me produjo un estremecimiento; pero aún estaba calentito dentro de mi abrigo y me dejé vencer por el sueño.

VI

Las imágenes y los recuerdos se intercambiaban en mi imaginación con una rapidez creciente.

«Ese campesino, el consejero, el que no ha dejado de gritar desde el segundo trineo, ¿cómo será? Seguramente pelirrojo, robusto, de piernas cortas —pienso— como Fiódor Filípich, nuestro viejo lacayo, el que servía en el comedor». Y en ese momento veo la escalera de la casa grande y a cinco criados que, sobre unos trapos y dando unos pesados pasos, transportan el piano desde una de las alas de nuestra residencia; veo a Fiódor Filípich, con las mangas de su librea de nanquín remangadas, llevando un pedal; lo veo adelantarse, abrir los pestillos, tirar del pomo de una puerta, empujar otra, meterse entre las piernas, molestar a todo el mundo y gritar incesantemente con voz preocupada:

—¡Eh, los de delante, los de delante, más hacia vosotros! Así, así, con la cola hacia arriba, arriba digo, ¡que pase por la puerta! Así, muy bien.

—Pero por favor, Fiódor Filípich, déjenos a nosotros —observa tímido el jardinero, pegado al barandal, rojo a más no poder por el esfuerzo y sosteniendo con el último aliento uno de los extremos del piano.

Pero Fiódor Filípich no se amilana.

«Pero ¿qué significa esto? —reflexionaba yo—, ¿pensará que es útil o indispensable para lo que se está realizando, o simplemente está contento de

que Dios le haya dado esa seguridad en sí mismo, esa contundente elocuencia y así, con toda alegría, la despilfarra? Ha de ser eso». Y, por alguna razón, de pronto se me aparece el estanque, los agotados siervos con el agua hasta las rodillas arrastrando una red, y de nuevo Fiódor Filípich con una regadera en la mano, gritándoles a todos, corriendo por la orilla y sólo muy de vez en cuando acercándose al agua para, protegiendo con la mano a unos cuantos peces dorados, vaciar el agua turbia y llenarla de nuevo de agua clara. Es un mediodía del mes de julio. Me dirijo a algún lado andando sobre la hierba recién segada del jardín, bajo los ardientes y directos rayos del sol. Soy todavía muy joven, siento que me falta algo, tengo ganas de algo. Voy al estanque, mi lugar preferido, entre el parterre donde crece el escaramujo y el paseo de abedules, y me acuesto a dormir. Recuerdo la sensación con la que yo, todavía echado, miro a través de los tallos rojos y espinosos del escaramujo aquella tierra negra y reseca, granulada, y el translúcido espejo vivamente azulado del estanque. Era una sensación como de una ingenua vanidad y tristeza al mismo tiempo. Todo a mi alrededor era tan hermoso y aquella belleza tenía un poder tan intenso en mí, que tuve la impresión de ser también yo bueno, y si algo me dolía, era que nadie me admirara. Hace calor. Intento dormir, para consolarme; pero las moscas, las insufribles moscas, ni siquiera aquí me dejan en paz, revolotean a mi alrededor y, obstinadas, desagradables, como si de pequeñas semillitas se tratara, me saltan de la frente a las manos. Una abeja zumba en mi cercanía, en el momento de mayor bochorno; mariposas de alas amarillas, como desfallecidas, van de tallo en tallo. Levanto la vista; me duelen los ojos: el brillo del sol llega con demasiada intensidad a través de la clara hojarasca rizada del abedul que, allá en lo alto, por encima de mí, mece con suavidad sus ramas, y tengo la impresión de que el calor ha aumentado. Me tapo la cara con un pañuelo, me cuesta trabajo respirar y las moscas parecen pegárseme a las manos, de las que brota la transpiración. En lo más espeso del escaramujo se resguardan los gorriones. Uno de ellos, a algo más de la mitad de distancia de mí, salta al suelo, un par de veces finge picotear enérgicamente la tierra y luego, gorjeando alegremente y haciendo crujir unas varitas, levanta el vuelo y abandona el parterre; otro también se posa en el suelo de un brinquito, levanta la cola, mira a un lado

y a otro y, como una flecha, gorjeando, emprende el vuelo en pos del primero. En el estanque, la lavandera golpea la ropa mojada con una pala, y esos golpes resuenan y se propagan en un registro bajo a todo lo largo del estanque. Se oyen las risas, el parloteo y el chapoteo de los bañistas. Una ráfaga de viento silba entre las copas de los abedules, lejos todavía de mí; luego, más cerca, la oigo mover la hierba, las hojas del parterre donde está el escaramujo se balancean y tiemblan en sus ramas; y, levantando el extremo de mi pañuelo y haciéndome cosquillas en el rostro sudado, llega hasta mí una ligerísima corriente de aire fresco. Por la abertura del pañuelo levantado se cuela una mosca que, asustada, se agita al borde de mi boca húmeda. Una rama seca se me incrusta en la espalda. No, no puedo seguir acostado, debo ir a bañarme. Pero he aquí que, al lado mismo del parterre, oigo de pronto unos pasos presurosos y una asustada voz femenina:

—¡Dios mío! ¡Pero qué barbaridad! ¡Y no hay un solo hombre cerca!

—¿Qué ocurre? ¿Qué? —pregunto, saliendo al sol, al encuentro de aquella mujer que servía en casa y que, lamentándose, ha pasado corriendo frente a mí sin detenerse. Mira a un lado y al otro, agita los brazos y sigue su carrera. Pero he aquí que Matriona, una anciana de ciento cinco años, que sujeta con una mano la pañoleta que lleva puesta y que insiste en resbalársele de la cabeza, corre hacia el estanque dando unos saltitos pequeños y arrastrando el pie que lleva enfundado en un calcetín de lana. Dos niñas corren cogidas de la mano y un chiquillo de unos diez años, vestido con la levita de su padre, aferrándose a la falda de cáñamo de una de ellas, se apresura detrás.

—¿Qué ha sucedido? —les pregunto.

—Un campesino, se ha ahogado.

—¿Dónde?

—En el estanque.

—¿Quién era? ¿De los nuestros?

—No, uno que pasaba por aquí.

El cochero Iván, deslizando sus grandes botas sobre la hierba segada, y el gordo intendente Yákov, respirando con dificultad, corren hacia el estanque, y yo corro tras ellos.

Recuerdo una sensación que me decía: «Lánzate y saca al campesino, sálvalo, y todos te admirarán», que era precisamente lo que yo quería.

—¿Dónde está? ¿Dónde? —pregunto al corrillo de criados que se había reunido en la orilla.

—Casi junto a la caseta de baños —dice la lavandera poniendo la ropa aún mojada en los dos cubos que, atados a una vara, transportará a hombros —. Yo lo veía como zambullirse, pero luego aparecía otra vez y volvía a zambullirse, y otra vez aparecía, hasta que de pronto gritó: «¡Me estoy ahogando, buena gente!» y se fue para abajo de nuevo, y ya sólo salían burbujas. Ahí me di cuenta de que el campesino de veras se estaba ahogando. Y entonces grité: «¡Buena gente, un campesino se ahoga!».

Y la lavandera, tras echarse a hombros su carga, se alejó del estanque contoneándose por el camino.

—¡Vaya, qué fastidio! —dice Yákov Ivanov, el intendente, con una voz desesperada— ahora empezarán los quebraderos de cabeza con el juzgado local, no nos libraremos.

Un campesino que lleva una hoz se abre paso entre la multitud de mujeres, niños y ancianos agolpados en el borde y, tras colgar su hoz en la rama de un sauce, se quita lentamente los zapatos.

—¿Dónde está? ¿Dónde se ha hundido? —sigo preguntando, deseoso de lanzarme hacia allá y hacer algo absolutamente extraordinario.

Pero me señalan la lisa superficie del estanque que de vez en cuando riza el viento que sopla. No entiendo que alguien haya podido ahogarse y el agua que lo cubre continúa tan lisa, tan bella, tan indiferente, lanzando destellos dorados con el sol del mediodía; y entonces aparece en mí la sensación de que no puedo hacer nada, de que no sorprenderé a nadie, sobre todo porque nado muy mal. Mientras tanto el campesino ya se ha sacado la camisa por encima de la cabeza y está a punto de tirarse. Todos lo miran con esperanza y asombro; pero una vez con el agua a la altura de los hombros, vuelve lentamente sobre sus pasos y se pone la camisa: no sabe nadar.

La gente sigue acudiendo, la multitud es cada vez más numerosa, las mujeres se aprietan unas contra otras; pero nadie presta ayuda. Los que van llegando dan consejos, lanzan suspiros; sus rostros expresan miedo y

desesperación; de los que habían llegado al principio, unos se sientan en la hierba, cansados de estar de pie, y otros regresan. La anciana Matriona le pregunta a su hija si cerró la puerta de la estufa, el chiquillo que llevaba puesta la levita de su padre lanza afanosamente piedrecillas al agua.

Y, de pronto, por detrás del parterre de escaramujo, bajando la cuesta que empieza en la casa, y ladrando y volviendo una y otra vez la cabeza atrás, como indecisa, aparece *Trezorka*, la perrita de Fiódor Filípich; y aparece también la figura del amo, corriendo pendiente abajo y gritando algo.

—¿Por qué no os movéis? —grita, quitándose la levita al vuelo—. ¡Se ha ahogado un hombre y ellos ahí, sin moverse! ¡Dadme una cuerda!

Todos miran a Fiódor Filípich entre esperanzados y temerosos mientras él, apoyándose en el hombro de uno de los criados de la casa, descalza con la punta del pie izquierdo el talón del derecho.

—Allá, donde está la gente, un poco más a la derecha del sauce, Fiódor Filípich, allá —le dice alguien.

—¡Ya lo sé! —contesta y, frunciendo el ceño, probablemente como respuesta a las muestras de pudor que hubo en la multitud femenina, se quita la camisa, la cruz, se lo entrega todo al chiquillo jardinero, que desbordando servilismo, está inmóvil frente a él y, pisando con fuerza la hierba segada, se llega hasta el estanque.

Trezorka, sin entender las causas de tantos y tan rápidos movimientos de su amo, se detiene junto a la multitud y, haciendo ruido con el hocico, se zampa alguna que otra brizna de hierba de la orilla, mira a su amo con expresión interrogante y, soltando de pronto un alegre ladrido, salta al agua para reunirse con él. En un primer momento, no se ve nada más que la espuma y las gotas que salpican y llegan incluso hasta nosotros; pero, de pronto, surge Fiódor Filípich que, agitando con gracia los brazos y subiendo y bajando acompasadamente su blanca espalda, nada con destreza y velocidad hacia la otra orilla. *Trezorka*, atragantándose, se apresura a volver atrás, se sacude cerca de la multitud y se seca restregando el lomo en la orilla. Al tiempo que Fiódor Filípich se aproxima nadando hasta la otra orilla, dos cocheros se acercan al sauce con una red enrollada en una vara. Fiódor Filípich por alguna razón levanta los brazos, se zambulle una vez,

otra, una tercera, y siempre que aparece echa un chorrito de agua por la boca, sacude sus cabellos con un hermoso movimiento y no responde a ninguna de las preguntas que le caen copiosas desde todos lados. Finalmente sale a la orilla y, por lo que alcanzo a ver, ordena que extiendan la red. La sacan, pero en el talego no hay más que limo y unos cuantos pececillos dorados que aún se debaten entre sus mallas. Mientras vuelven a echar la red, voy al otro lado.

No se oye sino la voz de Fiódor Filípich dando órdenes, el chapoteo de la cuerda mojada en el agua y los suspiros de angustia. La cuerda mojada en el agua y los suspiros de angustia. La cuerda mojada, atada al extremo derecho, es cada vez más visible y está cada vez más cubierta de cieno.

—¡Ahora tirad todos juntos, a la vez, todos a una! —se oye la voz de Fiódor Filípich. Aparecen los palos empapados.

—Hay algo, pesa mucho, hermanos —dice la voz de alguien.

Y he aquí que ambos extremos, entre los que dos o tres pececillos siguen dando coletazos, y salpicando y aplastando la hierba, salen por fin a la orilla. Y he aquí que a través de una fina y agitada capa de esa agua turbia, en la red tensa, aparece algo blanco. Un suspiro quedo pero sorprendentemente audible en medio de ese silencio sepulcral recorre la multitud.

—¡Tirad todos a la vez, sacadlo al borde! —se escucha la voz resuelta de Fiódor Filípich y, por encima de los tallos segados de la bardana y el cadillo, arrastran al ahogado hasta el sauce.

En eso veo a mi buena y anciana tía con su vestido de seda, veo su sombrilla color lila con flecos, que resulta terriblemente incongruente en ese cuadro de muerte, espeluznante por su absoluta sencillez; veo su cara a punto de echarse a llorar. Recuerdo la decepción que expresó ese rostro al darse cuenta de que en este caso el árnica no podría ayudar de ninguna manera, y también recuerdo el sentimiento doloroso, desconsolado, que experimenté cuando ella, con el ingenuo egoísmo del amor, me dijo: «¡Vámonos, querido! ¡Qué terrible es esto! Y tú que sueles bañarte y nadar aquí, solo».

Recuerdo cómo abrasaba el sol aquella tierra reseca que se desmoronaba bajo nuestros pies, cómo jugueteaba en el espejo del estanque,

cómo se golpeaban contra la orilla unas grandes carpas y en el centro un que otro banco de peces agitaba la quietud del estanque; recuerdo cómo en lo alto del cielo revoloteaba un azor con la mirada puesta en unos patitos que, agitando las alas y chapoteando, se abrían paso a través de los juncos hacia el centro; cómo unas blancas y ensortijadas nubes de tormenta iban aborregándose en el horizonte, cómo el cieno que la red había sacado a la orilla iba desapareciendo poco a poco y cómo, cuando pasaba yo por el dique, de nuevo oí el ruido de los golpes de la pala de la lavandera extenderse a lo largo del estanque.

Pero la pala aquella suena como dos palas que sonaran juntas en terceras, y ese sonido me atormenta, me tortura, más aún porque sé que esa pala es una campana, y que Fiódor Filípich no la hará callar. Y la pala aquélla, como un instrumento de tortura, me aprieta el pie, que está empezando a congelarse. Vuelvo a quedarme dormido.

Me despertó, al parecer, el hecho de que estábamos yendo demasiado rápido, y de que dos voces hablaban justo a mi lado.

—¿Me oyes, Ignat?, ¡eh, Ignat! —dice la voz de mi cochero—, llévate tú al viajero, tú de todas formas tienes que hacer el viaje, yo iría en balde. ¡Llévatelo tú!

La voz de Ignat, justo a mi lado, responde:

—¿Qué saco yo llevándomelo?… ¿Me darás medio litro?

—¡Medio litro! ¡No pides nada!… ¡Un cuarto y tan contento!

—¡Un cuarto! —grita la voz—, ¡martirizar así a los caballos por un cuarto!

Abro los ojos. La misma nieve insoportable e indecisa sigue bailoteando frente a mí, los mismos cocheros y caballos, pero a mi lado veo un trineo. Mi cochero ha alcanzado a Ignat y hace ya rato que vamos a la par. Aunque una voz desde el otro trineo aconseja no aceptar menos de medio litro, Ignat de pronto frena la troika.

—Anda, pasa sus cosas. Tienes suerte. Mañana, cuando lleguemos, quiero el cuarto. ¿Hay mucho que pasar?

Mi cochero, con una vivacidad que no le era habitual, salta a la nieve, me hace una reverencia y me pide que me traslade a la troika de Ignat. No tengo inconveniente; pero se ve que aquel hombrecillo temeroso de Dios

está tan contento, que tiene ganas de volver en alguien su gratitud y su alegría: me hace reverencias y me da repetidamente las gracias, lo mismo que a Alioshka y a Ignashka.

—¡Gracias a Dios!, porque qué es esto, Dios Todopoderoso, llevamos media noche viajando y ni siquiera sabemos adónde. Él lo llevará, señor, mis caballos ya no pueden más.

Y traslada mis cosas con redoblado ahínco.

Mientras se hacía el traslado, yo, empujado a toda velocidad por el viento, me aproximé al segundo trineo. Éste, sobre todo de ese lado en que, al resguardo del viento, habían colocado una zamarra sobre las cabezas de los dos cocheros, tenía más de una cuarta parte sepultada bajo la nieve; pero al abrigo de la zamarra se estaba bien y en calma. El anciano seguía tumbado con las piernas colgando y el contador de cuentos seguía con su historia:

—En el mismo momento en que el general, en nombre del rey, quiero decir, llegó a ver a María al calabozo, en ese mismo momento, quiero decir, María le dijo: «¡General!, no me haces ninguna falta ni te puedo amar, quiero decir, no me sirves para amante; el amante mío es el príncipe aquél…». Y en el mismo momento… —E iba a continuar su historia, pero al verme, guardó silencio un instante y se puso a encender su pipa.

—¿Qué, señorito? ¿Ha venido a oír el cuento? —dijo el otro, el que yo apodaba consejero.

—¡Sí, aquí se está muy bien, se entretiene uno! —respondí.

—Es para no aburrirnos, al menos así no pensamos.

—Y, decidme, ¿sabéis dónde estamos?

Tuve la impresión de que mi pregunta no agradó a los cocheros.

—¡Sabrá Dios dónde estaremos! A lo mejor ya andamos en tierras de los nómadas calmucos —respondió en consejero.

—¿Y qué vamos a hacer? —pregunté.

—¿Qué podemos hacer? Seguir avanzando, con suerte saldremos a algún lado —dijo con tono de disgusto.

—Y si no salimos a ningún lado y los caballos se niegan a seguir andando en medio de la nieve, ¿qué pasará entonces?

—¡Qué pasará! Nada.

—Podríamos congelarnos.

—Podríamos, está claro, porque no se ve ni siquiera un almiar: o sea que más o menos debemos de andar en tierras de calmucos. Lo principal es guiarnos por la nieve.

—Y tú, señorito, ¿no tendrás miedo de congelarte? —dijo el viejecillo con voz temblorosa.

Pese a que parecía estar burlándose un poco de mí, se veía que estaba absolutamente aterido.

—Sí, cada vez hace más frío —dije.

—¡Ay, señorito! Deberías hacer como yo, echarte de pronto una carrerita, eso te calentará.

—Nada mejor que correr detrás de los trineos —señaló el consejero.

VII

—¡SUBA, POR FAVOR, ya está todo listo! —me gritó Alioshka desde el primer trineo.

La tormenta era tan fuerte que yo, a duras penas, completamente encorvado y sujetando con ambas manos los faldones de mi capote, pude, sobre la nieve blanda que el viento barría de debajo de mis pies, dar esos cuantos pasos que me separaban de mi trineo. Mi antiguo cochero ya estaba de rodillas en el centro del trineo vacío pero, al verme, se quitó su enorme gorra permitiendo al viento revolverle con furia los cabellos y me pidió una propina. Seguramente no esperaba que se la diera, porque mi negativa no le produjo la menor aflicción. Me dio las gracias y, mientras se ponía la gorra, me dijo: «Que Dios lo ampare, señorito…», y tirando de las riendas y chasqueando la lengua se alejó de nosotros. Después de eso, también Ignashka enderezó la espalda y dio voces a los caballos. Una vez más, el sonido de los cascos al resquebrajar la nieve, los gritos de los cocheros y la campanilla sustituyeron al ulular del viento, que se había oído con particular fuerza mientras estuvimos detenidos.

Un cuarto de hora después del traslado, yo aún no dormía y me entretenía observando la silueta de mi nuevo cochero y sus caballos. Ignashka iba muy gallardo, daba continuos saltitos, blandía su fusta en el aire, de cuando en cuando soltaba algún gritito y se golpeaba un pie contra

el otro e, inclinándose hacia delante, arreglaba la retranca del caballo central que insistía en ladearse a la derecha. No era alto de estatura pero todo parecía indicar que era de complexión fuerte. Encima de la pelliza llevaba puesto un tosco abrigo desabrochado cuyo vencido cuello le dejaba la nuca al descubierto; sus botas no eran de fieltro, sino de piel, y llevaba una gorra pequeñita que se quitaba constantemente para volver a colocársela de una mejor manera. Sus movimientos, todos, denotaban no sólo energía, sino sobre todo, según me pareció, el deseo de despertar en sí mismo esa energía. Sin embargo, mientras más avanzábamos, más y más frecuentemente se arreglaba, más saltitos daba en el pescante, más se golpeaba un pie contra el otro y más insistía en conversar con Alioshka y conmigo: tuve la impresión de que temía perder el ánimo. Y había por qué: aunque los caballos eran buenos, el camino se hacía a cada paso más y más difícil y era evidente que los caballos corrían cada vez con mayor desgana; ahora había que fustigarlos y el central, un buen caballo grande y lanudo, tras trastabillar un par de veces, asustado, tiró con fuerza hacia delante y echó su lanuda cabeza atrás casi hasta rozar la campanilla. El caballo de refuerzo que iba a la derecha y al que sin querer iba yo observando, como también observaba la correa con la borla que pendía del ataharre y que se golpeaba y saltaba del lado exterior, bajaba ostensiblemente la collera, pidiendo que lo azuzaran, pero, como de habitual era un caballo bueno, incluso fogoso, parecía sentirse despechado por su debilidad e, irritado, bajaba y subía la cabeza, pidiendo rienda. En realidad, era terrible ver que la tormenta y el frío no hacían sino intensificarse; los caballos se debilitaban, el camino empeoraba y nosotros decididamente no sabíamos dónde estábamos ni adónde debíamos dirigirnos, no sólo aunque fuera un refugio. Y era ridículo y extraño oír que la campanilla siguiera sonando con tanta soltura y tanta alegría, y que Ignashka siguiera dando sus grititos, tan vivos y tan hermosos, como si fuera una soleada mañana de principios de enero y nosotros nos deslizáramos en plena celebración de la Epifanía por una helada calleja de pueblo; y lo principal, era difícil pensar que seguíamos yendo, aprisa, muy aprisa, hacia algún lugar lejos de donde en ese momento nos encontrábamos. Ignashka entonó una canción con un falsete harto desagradable, pero a un volumen tan fuerte y haciendo unas

pausas tan largas —durante las cuales silbaba— que era difícil amedrentarse oyéndolo.

—¡Eh! ¡Deja de destrozarte la garganta, Ignat! —se oyó la voz del consejero—, ¡para un momento!

—¿Que qué?

—¡Que pa-a-a-re-e-es!

Ignat calló. De nuevo todo guardó silencio y el viento aulló y ululó, y la nieve, revoloteando en el aire, comenzó a caer más espesa sobre el trineo. El consejero se acercó hasta nosotros.

—¿Y bien?

—¿Bien qué? ¿Para dónde tomamos?

—¡Sabrá Dios!

—¿Qué? ¿Se te han congelado los pies que no dejas de moverlos?

—Los tengo ateridos.

—¿Por qué no vas a ver que hay allá? Mira, eso que se ve allá puede que sea un campamento calmuco. Y además así aprovechas para que se te calienten los pies.

—De acuerdo. Sujeta los caballos… Ten.

E Ignat salió corriendo en la dirección señalada.

—Hay que buscar bien, rastrear bien para encontrarlo y nosotros, ¿qué hacemos?, ahí vamos al buen tuntún —me dijo el consejero—. ¡Los caballos ya no pueden más!

Durante todo el tiempo que Ignat estuvo caminando —y fue tanto que llegué a temer que se hubiera extraviado—, el consejero me estuvo hablando con un tono sereno y seguro de cómo hay que actuar en caso de tormenta, de la mejor manera de desenganchar el caballo y soltarlo para que sea él, Dios sabe que es así, quien encuentre el camino, o de cómo a veces es posible guiarse por las estrellas y, de que si él hubiera estado en la primera troika, haría ya mucho tiempo que estaríamos en la estación.

—¿Era o no un campamento? —le preguntó a Ignat, que regresaba andando con dificultad por una nieve en la que se hundía hasta las rodillas.

—Era, sí, parecía un campamento —respondió jadeando Ignat—, pero no se cuál. Lo que nos ha pasado, hermano, es que seguramente ya andamos por la dacha de Prolgov. Habría que ir más a la izquierda.

—¡Pero qué estás contando! Son nuestros campamentos, los que están detrás de la *stanitsa* —objetó el consejero.

—¡Pues yo te digo que no!

—Le eché un ojo y lo supe enseguida: eso es, y si no es eso, pues será Tamyshevsko. Hay que tirar un poco más a la derecha y así saldremos directo al puente grande, a la versta ocho.

—¡Te estoy diciendo que no! ¡Yo ya lo he visto! —respondió enfadado Ignat.

—¡Ay, hermano! Y te dices cochero…

—¡Claro que soy cochero! Ve y míralo tú con tus propios ojos.

—¡No tengo que ir! Lo sé de sobras.

Ignat se había enfadado, era evidente: no respondió, de un salto se subió al pescante y arreó los caballos.

—Tengo los pies ateridos, no se me calientan con nada —le dijo a Alioshka, dándose golpecitos cada vez más frecuentes y juntando y sacando la nieve que se le había colado en la caña de las botas.

Yo tenía unas ganas terribles de dormir.

VIII

«¿SERÁ POSIBLE QUE ME esté congelando? —pensaba en mi entresueño —, dicen que cuando alguien se congela, lo primero que siente son muchas ganas de dormir. Antes que congelarme, preferiría ahogarme y que me sacaran con una red; aunque, en realidad, lo mismo me da ahogarme que congelarme, con tal de que no se me siga clavando en la espalda este palo y pueda yo dormir».

«¿En qué terminará todo esto? —pienso de pronto y, abriendo los ojos un instante, miro la blanca extensión que me rodea—. ¿En qué terminará? Si no encontramos un almiar y los caballos se niegan a seguir, que creo que es lo que pronto sucederá, nos congelaremos». Debo confesar que, pese al poco miedo que sentía, el deseo de que nos sucediera algo extraordinario, quizá un poco trágico incluso, era en mí más fuerte que este pequeño temor. Parecía gustarme la idea de que, a la mañana siguiente, los caballos nos depositaran medio ateridos en alguna aldea lejana y desconocida, más aún, que varios de nosotros estuviésemos ya completamente ateridos. Y pensamientos de este tipo eran los que me llegaban y se sucedían con una rapidez y una claridad asombrosa.

Los caballos se detienen, la nieve acumulada es cada vez más alta, y de los caballos ya no se ven sino el arco y las orejas; y de pronto Ignashka aparece en lo alto con su troika y pasa sin detenerse cerca de nosotros. Le

suplicamos, le gritamos que nos lleve; pero el viento borra la voz, no hay voz. Ignashka ríe, le grita a sus caballos, silba y se esconde de nosotros en algún barranco lejano, cubierto de nieve. El viejecillo monta uno de los caballos, agita los codos y quiere partir, pero no puede moverse de donde está; mi antiguo cochero, con su gran gorra, se arroja sobre él, lo derriba y lo pisotea en la nieve. «¡Hechicero —vocifera—, insultón! ¡Verás, erraremos juntos!». Pero el viejecillo horada el montón de nieve con la cabeza: en realidad no es un viejecillo, sino una liebre y no tarda en salir huyendo. Todos los perros se lanzan a su persecución. El consejero, que es Fiódor Filípich, dice que nos sentemos en corro, que no pasa nada, que cuando la nieve nos sepulte, por fin entraremos en calor. Y en efecto, estamos calentitos y bien; sólo tenemos sed. Yo saco un cofre con provisiones, les convido a todos ron con azúcar y yo mismo lo bebo con gran placer. El contador de cuentos está contando un cuento de un arco iris: y ya tenemos encima un tejado de nieve y arco iris. «Y ahora que todo el mundo se haga un cuartito en la nieve y ¡a dormir!», digo. La nieve es tersa y cálida, como las pieles. Yo me hago mi cuarto y quiero entrar en él, pero Fiódor Filípich, que había visto que tenía yo dinero en el cofre, dice: «¡Alto, entrégame el dinero! ¡De todas formas vas a morir!», y me agarra por una pierna. Le doy el dinero y únicamente le pido que me dejen ir; pero ellos no creen que ése sea todo el dinero que tengo y quieren matarme. Me aferro a la mano del viejecillo y me pongo a besarla con un deleite indescriptible; la mano del viejo es suave y dulce. Al principio intenta retirarla, pero después me la entrega e incluso me acaricia con la otra mano. Sin embargo, Fiódor Filípich se acerca y me amenaza. Yo corro a mi cuarto, que no es un cuarto sino un largo pasillo blanco, y alguien me sujeta por los pies. Logro zafarme. En las manos de quien había estado sujetándome se queda mi ropa y parte de mi piel; pero yo no siento más que frío y vergüenza aún porque mi tía, con su sombrilla y su botiquín homeopático, viene a mi encuentro del brazo del ahogado. Ríen y no entienden las señas que les hago. Me lanzo al trineo, mis pies se arrastran pesados por la nieve; y el viejecillo me persigue, agitando los codos. Ya está cerca, pero oigo que un poco más allá suenan dos campanas y sé que me habré salvado cuando llegue a ellas. Las campanas se oyen más y más cada vez, pero el viejecillo

ha logrado darme alcance y ha caído con su panza sobre mi cara, de modo que ahora apenas oigo las campanas. De nuevo me aferro a su mano y comienzo a besarla, pero el viejecillo ya no es un viejecillo, ahora es el ahogado… y grita: «¡Ignashka!, detente, ¡creo que son los almiares de Ajmetka! ¡Detente! ¡Mira!». Resulta ya demasiado terrible. ¡No! Es mejor que despierte…

Abro los ojos. El viento me ha echado sobre la cara los faldones del capote de Alioshka, tengo una rodilla descubierta, nos deslizamos por una superficie de hielo puro, y la tercera de las campanillas se oye en el aire con su quinta trémula.

Intento ver los almiares; pero en lugar de la paja, ya con los ojos bien abiertos, veo una casa con un balcón y la muralla almenada de una fortaleza. Me importa muy poco observar detenidamente aquella casa y aquella fortaleza: lo que realmente quiero es ver de nuevo el pasillo blanco por el que corría, oír el tañido de las campanas de la iglesia y besar la mano del viejecillo. De nuevo cierro los ojos y vuelvo a quedarme dormido.

IX

DORMÍA PROFUNDAMENTE; pero nunca dejé de oír la tercera de las campanillas y la veía en sueños bajo la forma de un perro que ladraba y se me echaba encima, o como un órgano del que yo era un tubo, o como unos versos en francés que estaba componiendo. A veces me parecía que esta tercera era un instrumento de tortura, con el que incesantemente me estrujaban el talón derecho. Esta sensación era tan intensa que me desperté y abrí los ojos, frotándome el pie. Había comenzado a congelarse. La noche seguía siendo igualmente clara, brumosa, blanquecina. El mismo movimiento seguía empujándonos a mí y al trineo; el mismo Ignashka seguía sentado en un extremo y de cuando en cuando se golpeaba un pie contra el otro; el mismo caballo de refuerzo, con el cuello estirado y levantando ligeramente las patas, corría al trote por la nieve profunda, la misma borla suspendida del ataharre brincaba y rebotaba contra la panza del caballo. La cabeza del central, con la crin al aire, se balanceaba acompasadamente, estirando y aflojando las riendas atadas al arco. Pero todo esto, más que antes, había sido sepultado por la nieve. La nieve se arremolinaba enfrente, a los lados, cubría los patines del trineo, las patas de los caballos hasta las rodillas, y, por encima, se dejaba caer sobre los cuellos de nuestros abrigos y sobre nuestras gorras. El viento golpeaba a veces por la derecha, otras por la izquierda, jugaba con el cuello y con los

faldones de la zamarra de Ignashka y con la crin del caballo de refuerzo, y ululaba por encima del arco y en las varas.

El frío arreciaba terriblemente y apenas asomaba la cabeza de debajo del cuello del abrigo, una nieve gélida y seca, revoloteando, se amontonaba sobre mis pestañas, mi nariz y mi boca y se me deslizaba por la nuca, alrededor, todo era blanco, claro y nevado, en ninguna parte había nada más que una luz vaga y nieve. Mucha nieve. Tuve miedo en serio. Alioshka dormía a mis pies, en el fondo del trineo; tenía la espalda completamente cubierta por una gruesa capa blanca. Ignashka no perdía el ánimo: tiraba constantemente de las riendas, daba escuetas voces a los caballos y se golpeaba un pie contra el otro. La campanilla tintineaba de la misma manera radiante. Los caballos soltaban de vez en cuando algún resoplido, pero seguían corriendo, aunque menos rápidamente y tropezándose cada vez con mayor frecuencia. Ignashka de nuevo se puso a dar saltitos, sacudió una de sus manoplas y entonó una canción, detuvo la troika, dejó las riendas sobre la parte delantera del carro y se bajó. El viento ululaba furioso; la nieve, como a paletadas, cubría los bajos de mi abrigo. Me giré: la tercera troika ya no se veía detrás de nosotros (se había quedado rezagada en algún lado). Cerca del segundo trineo, en medio de la nevosa neblina, se podía ver al viejecillo saltar ya sobre un pie, ya sobre el otro. Ignashka se alejó unos tres pasos del trineo, se sentó sobre la nieve, se aflojó el cinturón y comenzó a quitarse las botas.

—¿¡Pero qué estás haciendo!? —le pregunté.

—Tengo que cambiarme los zapatos; se me han congelado los pies —respondió y continuó con su quehacer.

Me daba frío estirar el cuello y sacarlo del abrigo para ver cómo lo hacía. Seguí sentado recto, mirando el caballo de refuerzo que, con una pata esparrancada, agitaba con dificultad y cansancio su cola atada y cubierta de nieve. La sacudida que dio Ignat al trineo cuando subió al pescante fue lo que me despertó.

—¿Qué? ¿Dónde estamos ahora? —pregunté—. ¿Llegaremos aunque sea al amanecer?

—Quédese tranquilo: lo depositaremos sano y salvo —respondió—. Ahora lo importante es que por fin se me han calentado los pies con el

cambio de zapatos.

Y se puso en marcha, la campanilla sonó, el trineo comenzó de nuevo a balancearse y el viento silbó bajo los patines. Y nosotros de nuevo navegamos por el infinito mar de nieve.

X

Me quedé profundamente dormido. Cuando Alioshka, zarandeándome con un pie, me despertó y abrí los ojos, ya era de día. Parecía que hiciera más frío que por la noche. No nevaba: pero el viento fuerte y seco seguía cubriendo el campo de nieve en polvo, que se acumulaba sobre todo bajo las pezuñas de los caballos y los patines del trineo. El cielo, a la derecha, en el oriente, era pesado, de un color azul oscuro, pero unas vetas sesgadas de un naranja muy vivo se marcaban cada vez más en él. Sobre nuestras cabezas, más allá de unos nubarrones blancos, apenas coloreados, que se movían con rapidez, se distinguía el pálido azul: a la izquierda, las nubes eran claras, ligeras y cambiantes. El campo alrededor, hasta donde la vista alcanzaba, estaba cubierto de una nieve blanca, profunda, acumulada en varias capas. Aquí y allá se veía algún montículo que griseaba, por el cual pasaba, obstinado, un polvo de nieve seco y menudo. No se veía una sola huella: por allí no parecía haber pasado ni un trineo, ni una persona, ni un animal. El contorno y los colores de la espalda del cochero y los caballos se distinguían bien claros y definidos incluso sobre el fondo blanco… La cinta de la gorra azul oscuro de Ignashka, el cuello de su abrigo, sus cabellos e incluso las botas estaban completamente blancos. El trineo iba ya totalmente cubierto de nieve. La parte derecha de la cabeza y la cerviz del caballo rucio que iba en el centro

estaban cubiertos de nieve; mi caballo de refuerzo tenía las patas hundidas en la nieve hasta la rodilla, y la sudorosa y ahora encrespada grupa tenía el flanco derecho tapizado de nieve. La borla brincaba al compás de cualquier motivo que yo quisiera imaginar y el caballo de refuerzo seguía corriendo, pero por el vientre hundido que se ensanchaba y se encogía con frecuencia y por las orejas gachas, se veía que estaba extenuado. Un solo objeto nuevo me llamaba la atención: un poste que indicaba las verstas; desde lo alto del poste la nieve caía revoloteando hasta el suelo. El viento había formado un cerrito de nieve cerca de su lateral derecho y seguía soplando con fuerza y desplazando a los inquietos copos de un lado al otro. Me sorprendió terriblemente que hubiésemos viajado toda la noche, por espacio de doce horas, con los mismos caballos, sin saber adónde y sin detenernos en ninguna parte y que, pese a todo, como quiera que fuese, hubiésemos llegado. Nuestra campanilla parecía sonar con un júbilo mayor. Ignat se arropaba y seguía dando voces de vez en cuando; detrás resoplaban los caballos y tintineaban las campanillas de las troikas del viejecillo y del consejero; pero el que dormía se había separado definitivamente de nosotros en algún lugar de la estepa. Tras recorrer media versta, nos topamos con las huellas recientes, apenas cubiertas por una fina capa de nieve, de un trineo y una troika, y vimos unas cuantas manchas rosadas de sangre de algún caballo que seguramente se había lastimado.

—¡Es Filip! Vaya, nos ha ganado —dijo Ignashka.

Y, de pronto, en medio de la nieve que le ha cubierto casi por completo el tejado y las ventanas, aparece cerca del camino una casita con un letrero. No lejos del bodegón, está detenida la troika de los caballos grises, crespos por el sudor, las patas esparrancadas y las cabezas gachas. Delante de la puerta han quitado la nieve, y han dejado allí la pala: pero el sibilante viento sigue haciendo caer y revolotear la nieve acumulada en el tejado.

Por la puerta, atraído por el sonido de nuestras campanas, aparece un cochero alto, pelirrojo, con el rostro encendido y un vaso de vino en la mano; nos dice algo a gritos. Ignashka se gira hacia mí y me pide autorización para detenernos. En ese momento veo por primera vez su cara.

XI

NO ERA MORENA, ENJUTA y de nariz recta como yo me había figurado, a juzgar por sus cabellos y su complexión. Era una cara redonda, jovial, absolutamente chata, con una boca grande y unos redondos ojos claros, vivamente azules. Tenía las mejillas y el cuello rojos, como si se los hubiesen acabado de frotar con un paño; las cejas, las largas pestañas y el boz que cubría de manera uniforme la parte baja de la cara estaban tapados por la nieve y completamente blancos. Para llegar a la estación ya sólo faltaba media versta, así que nos detuvimos.

—Pero no nos demoremos —pedí.

—Sólo un momento —respondió Ignashka, saltando del pescante y acercándose a Filip.

—Dámelo, hermano —dijo mientras se quitaba de la mano derecha la manopla con el látigo y los dejaba caer sobre la nieve. Luego, echando la cabeza hacia atrás, de un trago se bebió el vasito de vodka que le estaban ofreciendo.

El tabernero, seguramente un cosaco retirado, cruzó el umbral con la botella en la mano.

—¿A quién le sirvo?

El alto Vasili, un campesino flaco de pelo castaño claro con una barba de chivo, y el consejero, gordo, casi albino de tan rubio, con una barba

tupida y blanca que enmarcaba su colorado rostro, se acercaron y también bebieron un vaso de vodka cada uno. El viejecillo hizo ademán de acercarse al grupo de bebedores, pero a él no le ofrecieron, de modo que se retiró al lado de sus caballos, que iban atados en la parte posterior, y se puso a acariciar a uno de ellos en el lomo y las ancas.

El viejecillo era exactamente tal como lo había yo imaginado: bajo, delgado, con un rostro amoratado de frío y surcado de arrugas, una barbita rala, una naricilla afilada y unos dientes amarillentos y carcomidos. Llevaba puesta una gorra de cochero de postas, muy nueva, pero su abriguito, corto, estaba raído, manchado de alquitrán y con desgarrones en un hombro y en los bajos, y no le cubría las rodillas ni el pantalón de lino burdo que llevaba enfundado en unas muy grandes botas de fieltro. Encorvado, arrugado y con el rostro y las rodillas temblequeantes, se puso a moverse de un lado al otro cerca del trineo, procurando, seguramente, entrar en calor.

—A ver, Mítrich, consigue un cuartito, eso te hará entrar bien en calor —le dijo al consejero.

Mítrich se estremeció. Arregló la retranca de su caballo, arregló también el arco y se me acercó.

—Verá, señorito —dijo, quitándose la gorra de los canosos cabellos y haciendo una profunda reverencia—, toda la noche anduvimos errando con usted, en busca del camino: aunque sea para una botellita de cuarto podría darme. ¡De verdad, buen señor, su excelencia! ¡No tengo con qué entrar en calor! —añadió con una sonrisita obsequiosa.

Le di un cuarto de rublo. El tabernero trajo una botella de cuarto y le sirvió al viejo. Éste se quitó la manopla con el látigo y alargó hacia el vaso una pequeña mano morena, nudosa y ligeramente azulada; pero su dedo gordo parecía no pertenecerle y no le obedeció: no pudo sostener el vaso y, tras derramar el alcohol, dejó caer el vaso en la nieve.

Todos los cocheros soltaron una carcajada.

—¡Cómo se ha congelado Mítrich! No sostiene ni el alcohol.

Pero a Mítrich le mortificó mucho el haber dejado caer la bebida.

No obstante, le sirvieron otro vaso y se lo vaciaron en la boca. De inmediato recuperó la jovialidad, fue corriendo al bodegón, encendió su pipa, se puso a enseñar ampliamente sus dientes amarillos y carcomidos y a

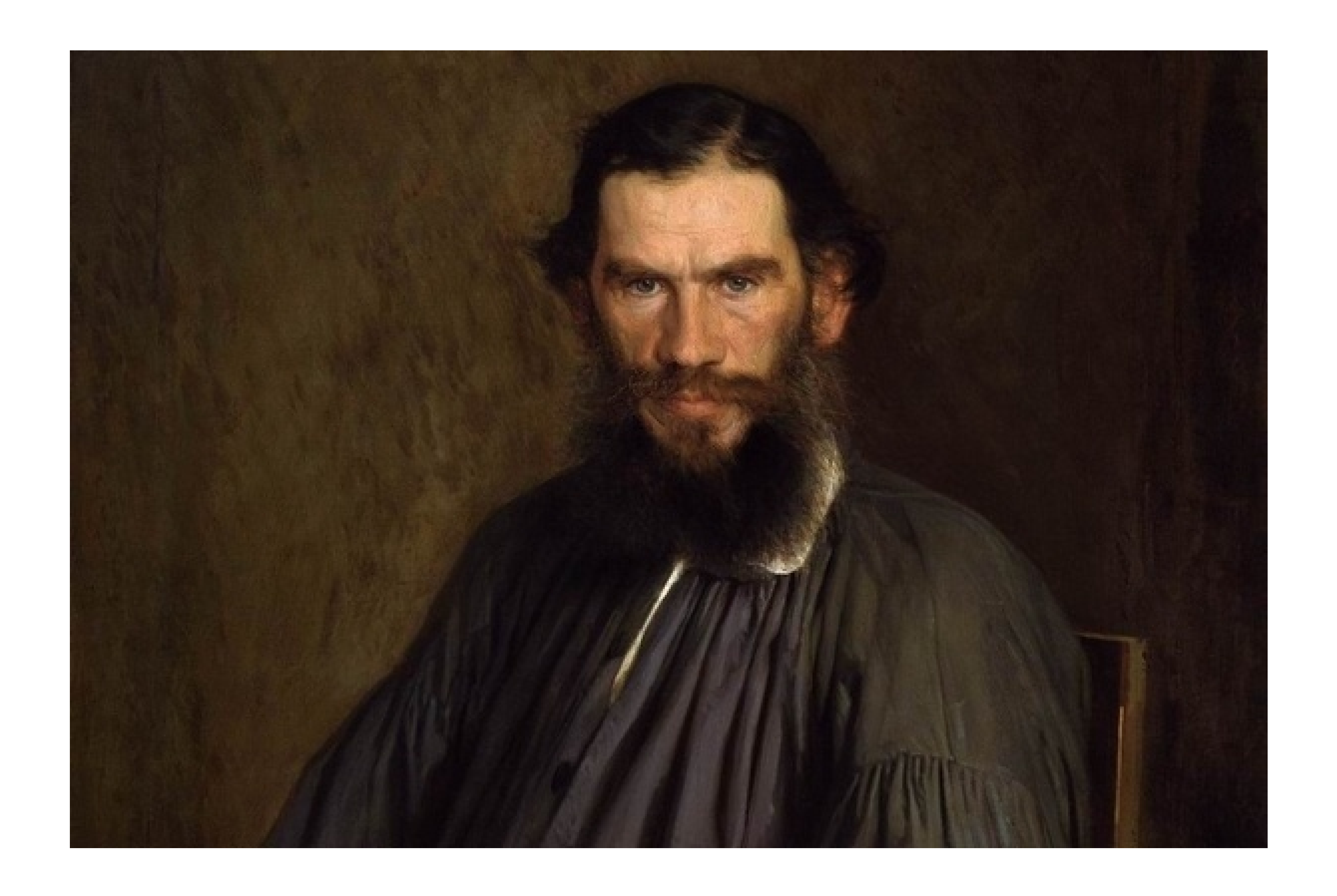
soltar improperios cada dos palabras. Una vez que hubieron bebido hasta el último trago, los cocheros se dirigieron a sus troikas y volvimos a ponernos en marcha.

La nieve era cada vez más blanca y más brillante, de modo que, al mirarla, dolían los ojos. Unas vetas naranjas y rojizas se extendían en lo alto del cielo, cada vez más arriba y cada vez más brillantes; incluso el disco rojo del sol apareció en el horizonte a través de unas nubes grisáceo azuladas; el azul era cada vez más resplandeciente y más profundo. En el camino, cerca ya de la *stanitsa*, las huellas eran más claras, más precisas y amarillentas, y había uno que otro bache; en el aire gélido, comprimido, se percibían un frescor y una ligereza agradables.

Mi troika corría veloz. La cabeza y el cuello del caballo central, con la crin ondeando sobre el arco, se sacudían rápidamente, casi en un mismo lugar, bajo la campanilla de los cazadores, cuyo badajo ya no se golpeaba, sino que se raspaba contra las paredes. Los buenos caballos de refuerzo tensaban en armonía las heladas y torcidas correas, daban enérgicos saltitos y la borla rebotaba contra el vientre y la retranca. En ocasiones el de refuerzo se desviaba ligeramente e iba a dar en algún montón de nieve de los que se habían formado a los lados del camino y la nieve se le pegaba a los ojos, pero siempre lograba salir de él con destreza. Ignashka daba grititos con una alegre voz de tenor; el frío seco crujía bajo los patines; atrás tintineaban sonoras y festivas dos campanillas y se oían los gritos ebrios de los cocheros. Miré hacia atrás: los caballos de refuerzo, grises y encrespados, alargando sus cuellos, contenían el aliento regularmente y, con los frenos torcidos, daban saltitos en la nieve. Filip, agitando el látigo, se arregló la gorra; el viejecillo, con las piernas recogidas igual que antes, iba tumbado en el centro del trineo.

Al cabo de dos minutos, el trineo chirrió sobre los tablones de la entrada de la estación de postas que acababan de limpiar e Ignashka volvió hacia mí su alegre cara, cubierta de nieve y exhalando frío.

—Y, con todo, lo hemos depositado sano y salvo, señorito —dijo.



LEV NIKOLÁIEVICH TOLSTÓI. Nació en 1828, en Yásnaia Poliana, en la región de Tula, en el seno de una familia aristocrática. En 1844 empezó a cursar Derecho y Lenguas Orientales en la Universidad de Kazán, pero dejó los estudios y llevó una vida algo disipada en Moscú y San Petersburgo. En 1851 se enroló con su hermano mayor en un regimiento de artillería en el Cáucaso. En 1852 publicó *Infancia*, el primero de los textos autobiográficos que, seguido de *Adolescencia* (1854) y *Juventud* (1857), le hicieron famoso, así como sus recuerdos de la guerra de Crimea, de corte realista y antibelicista, *Relatos de Sebastopol* (1855-1856). La fama, sin embargo, le disgustó y, después de un viaje por Europa en 1857, decidió instalarse en Yásnaia Poliana, donde fundó una escuela para hijos de campesinos. El éxito de su monumental novela *Guerra y paz* (1865-1869) y de *Anna Karénina* (1873-1878), dos hitos de la literatura universal, no alivió una profunda crisis espiritual, de la que dio cuenta en *Mi confesión* (1878-1882), donde prácticamente abjuró del arte literario y propugnó un modo de vida basado en el Evangelio, la castidad, el trabajo manual y la renuncia a la

violencia. A partir de entonces el grueso de su obra lo compondrían fábulas y cuentos de orientación popular, tratados morales y ensayos como *Qué es el arte* (1898) y algunas obras de teatro como *El poder de las tinieblas* (1886) y *El cadáver viviente* (1900); su única novela de esa época fue *Resurrección* (1899), escrita para recaudar fondos para la secta pacifista de los dujobori (*guerreros del alma*). En 1901 fue excomulgado por la Iglesia ortodoxa. Murió en 1910, rumbo a un monasterio, en la estación de tren de Astápovo.



SELMA ANCIRA (México, D. F., 12 de junio de 1956), es una eslavista, crítica y traductora literaria mexicana. Hija del actor mexicano Carlos Ancira y de Thelma Berny, estudió filología rusa en la Universidad Estatal de Moscú. Después hizo estudios de griego moderno y de literatura griega en la Universidad de Atenas. Es fotógrafa aficionada. Reside en Barcelona desde 1988 y tiene también la ciudadanía española.

Especializada en literatura rusa decimonónica y literatura griega moderna, ha traducido al español casi toda la obra en prosa de Marina Tsvietáieva, obras sueltas de Alexandr Pushkin, Nikolái Gógol, Fiódor Dostoievski, Iván Goncharov, Iván Bunin, Mijaíl Bulgákov, Borís Pasternak, Serguéi Eisenstein, Nina Berbérova, Ósip Mandelshtam, Bulat Okudzhava, Izrail Metter y de Lev Tolstói entre otros. Entre los griegos del siglo XX ha traducido la ensayística de Giorgos Seferis, poemas de Yannis Ritsos, el teatro de Iakovos Kambanelis y la novela Loxandra de María Iordanidu.

Notas

[1] Aldea cosaca unidad de la organización económica y política, principalmente en regiones del sur del Imperio Ruso. <<

Document Outline

- La tormenta de nieve
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI
- VII
- VIII
- IX
- X
- XI
- Autor
- Traductora
- Notas